

dad de la fe, sino tambien el fuego de la caridad y la pureza de la vida. ¡Oh con cuánta razon dijo el Apóstol (d) que no se confundia de predicar el Evangelio, pues en él estaba la virtud, y poder de Dios, para hacer salvos á los creyentes!

Pero aun pasa el negocio mas adelante. Porque otra vez en tiempo del emperador Adriano, fuéron sentenciados, no una solo legion, sino diez mil soldados juntos, á que padesciesen el mismo linaje de muerte que padesció el Señor por quien padescian: los cuales todos en un mismo dia recibieron la corona. Pues ¿qué cosa sería tan gloriosa, ver entrar en este dia diez mil gloriosísimos caballeros, con sus palmas triunfales en las manos, y con las insignias y señales de su Redentor, en aquella ciudad celestial? ¿Qué recibimiento allí se les haría? ¿Con qué cantares, con qué voces de alabanza, con qué abrazos les darian el parabien de su venida, y los admitirían á su gloriosa compañía, y presentarian ante el trono de aquel Señor por cuya gloria tan valerosamente pelearon? Si en Roma se hacia tan grande fiesta cuando venia un capitán vencedor de alguna insignia ciudad, ó provincia, y se rompian los muros para recibir al vencedor, y él venia en un carro triunfal acompañado de muchas gentes, ¿qué fiesta se haría en el reino de los cielos, cuando entrasen en él, no uno, sino diez mil triunfadores juntos, vencedores, no de una ciudad ó provincia, sino de todo el poder del mundo y del infierno? Esto puede así referir; mas ¿quién lo podrá dignamente amplificar?

Pues otra cosa añadiré á esta, de mucho mayor admiracion, la cual refiere el autor que escribió el Teatro de las Ciudades del mundo. Este pues dice, que en sola la ciudad de Leon de Francia fuéron martirizados diez y nueve mil mártires, y fué tanta la sangre que ahí se derramó, que el rio Araris que por ahí pasaba, iba teñido de sangre; por lo cual se le mudó el nombre, y hoy dia se llama Saona, tomando nombre de aquella preciosa sangre que por él corrió. Tan grande era el furor que aquel dragon infernal encendía en los corazones de los emperadores para extinguir y desterrar del mundo el nombre de Cristo, y tan grande era la fortaleza y confianza de los mártires en la confesion de la fe.

Pues volviendo al propósito principal, y concluyendo esta materia, decimos que este es uno de los grandes testimonios de la verdad de nuestra fe, ver que una muchedumbre innumerable de personas de todas las edades, y estados, y condiciones de gentes, pusieron las vidas por la confesion desta verdad. Y cuanto mas atrocies y crueles tormentos por esta causa padescieron, tanto es mas esclarecido y mas firme este testimonio, y tanto mas abiertamente se conoce que no era posible perseverar un cuerpo humano entre tantas maneras de tormentos, acrescentados unos sobre otros, si no tuvieran aquellas armas de la fe, y esperanza, y caridad que al principio propusimos, y si no fueran muy especialmente fortalecidos y ayudados por Dios. Y pues Dios los ayudaba en la confesion desta verdad, síguese que ya no solos los mártires con su sangre, sino Dios tambien con su favor y asistencia es testigo dello.

De lo cual se infieren otras dos cosas muy dignas de ser sabidas: la una, que poco há apuntamos, que es haberse predicado el Evangelio, y extendiéndose el reino

(d) Rom. 1.

de Cristo por todas las naciones del mundo, segun los profetas denunciaron, pues en todas ellas hubo tan gran número de mártires; la otra, que se habian de reformar las vidas de los hombres en su venida: conviene á saber, que los hombres fieros y silvestres (cuales eran todos los que servian á los ídolos) se habian de hacer puros y santos. Lo cual se ve no solo en la sanctidad de aquellos millares de monjes, que en aquel tiempo florecieron en todo género de virtudes, sino tambien en esta admirable constancia de los mártires. Porque (como ya dijimos) imposible era que con tantas tempestades y torbellinos no fueran derribados, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra del amor y temor de Dios. Lo cual se conoce por lo que cada dia vemos, y lloramos, que es negar tantos cristianos la fe de Cristo, cuando se ven cautivos en tierra de moros. Y esto no por temor de tales tormentos, cuales eran los de los mártires, sino por solo ahorrar la pena del cautiverio, y vivir con un poco de mas largueza. Pues así como la flaqueza destes miserables nos da á entender la flaqueza y poco fundamento de su virtud (pues tan fácilmente se rindieron), así por el contrario, la inestimable fortaleza y constancia de los mártires, nos da á conocer la firmeza de su virtud: la cual con tan recios encuentros y combates, repetidos unos sobre otros, nunca pudo ser vencida.

CAPITULO XXVIII.

De cómo cuasi todos los emperadores que persiguieron la fe y religion cristiana, acabaron desastradamente; y los que la honraron, fuéron en todas las cosas ayudados de Dios, y prosperados.

No deja de ser tambien grande testimonio de la verdad de nuestra fe, ver que cuasi todos los que la persiguieron, acabaron desastradamente, y los que la favorecieron y abrazaron, fuéron prosperados en sus reinos y imperios. Y digo cuasi todos, y no todos, porque (como dice Sant Augustin) (a) de tal manera se há la divina Providencia en la gobernacion deste mundo, que ni castiga en esta vida todos los malos, ni deja de castigar muchos dellos. Porque si castigara á todos pudieran los hombres imaginar que todo se remataba en esta vida, y no quedaba nada para la otra; y si á ninguno castigara pudieran imaginar que no habia Providencia que tuviese á su cargo las cosas humanas. Por eso la sabiduría divina (que todas las cosas endereza para el bien de sus criaturas) algunas cosas castiga poderosamente, para que vean los hombres que hay Providencia (mayormente las que son tan exorbitantes, que ellas mismas están clamando á Dios, y pidiendo venganza), y otras deja por castigar, para que entendamos que reserva su castigo para la otra vida, y que no se concluye todo en esta. Lo cual se ve en algunos de los emperadores, que persiguieron la Iglesia, que no recibieron aquí su merecido. Pero como esta crueldad y maldad era tan grande, no consintió la divina justicia que quedasen otros muchos sin castigo, aun en esta vida. En lo cual maravillosamente resplandece la divina Providencia, que usaba de los tiranos como de ministros y instrumentos para fundar la fe de su Iglesia con la sangre de los mártires, y para hermohear el cielo con este gloriosísimo ejército dellos. Porque si no hubiera tiranos, no hubiera mártires; si no hubiera Decio, no hubiera Laurencio; si no hubiera Daciano, no hubiera Vincencio; y si no hubiera Heródes, no hubiera mártires inocentes. Mas despues de haberse ser-

(a) De Civit. Dei lib. 1. cap. 8. t. 5.

vido dellos en este ministerio, dábales tambien aquí su merecido, como lo hizo con Nabucodonosor, del cual usó como de vara (segun lo llama Esaías) (b) para azotar á su pueblo; mas acabado este oficio echó la vara en el fuego, quiero decir, destruyó y puso por tierra todo su imperio. Pues lo mismo hizo cuasi con todos estos tiranos, de los cuales unos fuéron arrebatados por estos demonios, otros se mataron con sus propias manos, otros fuéron despedazados por bestias fieras, otros murieron comiéndose las manos á bocados, otros ahogándose en los rios, y otros de otras maneras. Así leemos el martirio de Sancta Eufemia, noble virgen, que queriendo el juez perverso forzarla en la cárcel, fué luego arrebatado del demonio, y el verdugo que la degolló fué luego muerto por un leon, y la noche siguiente el juez que la sentenció se mató comiéndose á bocados, y lleno de furor; lo cual movió á muchos de los infieles, así judíos como gentiles, á ser cristianos.

Asimismo cuasi todos los reyes y emperadores que martirizaron los santos, tuvieron muy desastrados fines. Entre los cuales el primero fué Heródes, el cual por matar al niño Jesus mató los inocentes, cuya enfermedad y muerte fué terribilísima, como escribe largamente Josefo (c), y en cabo despues de habersele saltado los ojos, en un baño, desesperado de la vida, se metió un cuchillo por los pechos y se mató, mandando ántes matar el tercero de los hijos, despues de haber muerto á dos dellos (d). El segundo Heródes, que degolló á Santiago, y tuvo preso á Sant Pedro, fué herido por un ángel, y murió comido en vida de gusanos, como escribe el mismo Josefo, y Sant Lucas (e). El tercero perseguidor de la Iglesia, que fué Neron (el cual martirizó á Sant Pedro y Sant Pablo), viendo que no podia escapar de los conjurados que lo buscaban para matarle, él los libró de ese trabajo, matándose con sus manos. El cuarto, que fué Domiciano, que desterró á Sant Juan Evangelista, fué muerto á manos de los suyos. Valeriano, cruel perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el rey de los persas, el cual lo prendió, y mandó sacar los ojos, y se servia dél para poner sobre él los piés cuando cabalgaba. Aureliano fué muerto por manos de los suyos. Decio, que martirizó á Sant Laurencio, él juntamente con sus hijos fué muerto. Diocleciano, cruelísima bestia, el cual se hizo adorar por dios, vino á tan gran perdicion y desatino, que le fué forzado dejar la corona y el sceptro, y vivir como uno del pueblo. Maximiano su compañero tambien lo dejó, y vivía como él, y aun así no le fué concedido vivir; porque Majencio su hijo, que se queria alzar con el imperio, le echó de Roma, de donde salió huyendo, y se acogió al amparo de Constantino, que era su yerno; y siendo por él noblemente recibido, ensayaba contra él traicion; lo cual fué sabido, y por ello castigado con la muerte, y con deshonor y infamia, ca sus estatuas y medallas fuéron mandadas raer do quiera que estaban, y los títulos de las casas públicas, que dél habian tomado nombre, se mandaron mudar. Pues Majencio su hijo, heredero de los vicios y crueldad de su padre, por especial milagro y disposicion divina murió; porque habiendo armado una puente falsa sobre un rio cabe Roma, para que llegando el emperador Constantino á ella se hundiese en el rio, él como desatinado, no acordándose de lo que habia tramado, puso las piernas al caba-

(b) Esai. 10. (c) Antiquit. Judaic. lib. 17. cap. 9. et 10. (d) Idem lib. 16. c. 15. (e) Lib. 19. c. 7. Act. 12.

llo, y pasando por la misma puente cayó y se ahogó. Maximino, tambien cruelísimo perseguidor de la Iglesia, fué vencido en batalla por el mismo Constantino, y escapó huyendo de su ejército entre los aguadores; por lo cual indignado contra los agoreros, que les prometian la victoria, los mandó matar. Y sobre esta afrenta lo castigó Dios con una gravísima enfermedad, hinchándosele y pudriéndosele las entrañas, y dentro del pecho se le hizo una llaga que poco á poco se extendia por él, sin otras que tenia derramadas por toda su carne, que manaban arroyos de gusanos. Y con ellas tenia hedor tan terrible, que ningun hombre, ni los mismos cirujanos podian llegar á él. Y viendo que sus médicos no le podian remediar, ni hacer algun beneficio, ántes huían dél por su abominable hedor, mandó matar muchos dellos; entre los cuales llegó á él uno, mas para ser degollado que para curarle, y movido por especial instinto de Dios le dijo: ¿Por qué yerras, Emperador, pensando que pueden los hombres estorbar lo que Dios ordena? Esta tu enfermedad ni es de hombres, ni hombres la pueden curar. Mas acuérdate cuántos males has hecho á los siervos de Dios, y de cuánta crueldad has usado contra sus honradores, y así sabrás á quién has de pedir remedio; porque yo bien podré morir como los otros, mas tú no serás curado por mano de médicos. Entónces comenzó Maximino á conocer que era hombre, y trayendo á la memoria sus males, confesó que habia errado. Finalmente, perdiendo la vista de los ojos, y conociendo entónces mejor la fealdad de sus males, hizo fin con afligida muerte á su mala vida.

Licinio tambien que imperaba en Oriente, en tiempo de Constantino, que no ménos cruelmente persiguió la Iglesia que sus antecesores, levantándose contra Constantino, fué por él muerto en batalla. Despues destes Juliano Apóstata (que con otras nuevas artes hizo mas cruel guerra á la Iglesia) acabó en pocos dias su imperio y su vida, muerto en la guerra contra los persas, dejando el ejército en grandísimo peligro, sin que nada le valiesen ni sus dioses ni sus agoreros y encantadores en quien tenia toda su confianza. Pues Valente Arriano, grande perseguidor de los católicos, en una batalla contra los godos fué por ellos desbaratado, y escondiéndose en una chozuela, allí le pegaron fuego, y así murió como sus obras lo merecian.

Estos fuéron los fines y desastres de todos aquellos que tomaron armas contra la religion cristiana: lo cual no es pequeño argumento de la verdad y sanctidad della.

Y el mismo argumento se confirma con la prosperidad y victorias de los emperadores que la honraron y reverenciaron. Entre los cuales el mas señalado fué el emperador Constantino; el cual de tal manera honró á Cristo, y de tal manera fué por Cristo favorecido y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia, el uno en hacer servicios á Cristo, y Cristo en hacer mercedes á Constantino, á quien todas las cosas sucedieron con grande prosperidad. Porque él primeramente en diversas batallas venció tres emperadores que se levantaron contra él, que fuéron Maximino, Licinio y Majencio. Despues destas victorias conquistó en sus propias tierras á los sármatas y godos, y sojuzgó á todas las naciones bárbaras, fuera de aquellas que ántes le eran amigas, y algunas sin batalla se le rendian, porque cuanto él mas humildemente se subjectaba á Dios, tanto mas

ponia Dios las gentes debajo de su señorío. Pues ¿qué diré de los dos Teodosios, del mayor que fué muy católico y religioso, y de su nieto que lo fué mucho más? Los cuales no solo por armas, pero tambien por clarísimos milagros vencieron en batallas los tiranos que pretendían levantarse con el Imperio: como se escribe por extenso en la historia Tripartita. Y no ménos se puede poner en esta lista el emperador Eraclio, el cual hallando el Imperio muy arruinado por las armas de Cósdroe, rey de los persas, llegó á tal extremo, que pidió paz al sobredicho rey; el cual ensoberbecido con las victorias pasadas no quiso conceder. Entónces el buen Emperador, puesto en tan grande aprieto, y estando á peligro la vida junto con el Imperio, acogióse al puerto seguro de todos los remedios, que es Dios nuestro Señor, y procurando su favor con ayunos y devotas oraciones, y armado con estas armas, acometió al enemigo, y en tres batallas que en diversas veces le dió, siempre salió vencedor. Con lo cual quebrantado el bárbaro tomó por remedio huir allende el rio Tigre, nombrando por compañero de su reino al hijo menor. Por la cual injuria afrentado el mayor, mató al padre junto con el hijo menor, ordenándolo así Dios en venganza de millares de cristianos que este bárbaro había muerto en la Tierra Sancta. Y este hijo mayor recibió de la mano de Eraclio el reino de los persas, y la paz que su padre no quiso dar, restituyendo al Imperio las provincias que su padre había conquistado. Pues en esta historia se ve claro el buen sucesso del Emperador católico, y el malo de aquel perseguidor de Cristo, y derramador de sangre cristiana. Porque no pudo ser mayor desdicha que perder la vida por mano de aquel á quien él la había dado, cuando lo engendró; y justo era que el hijo se levantase contra su padre, pues el padre se levantó contra su Criador, que es el verdadero Padre.

Por lo cual todo se ve cuán verdadera sea aquella sentencia del Señor, que dice (f): Yo honraré á quien me honra, y los que me despreciaren serán abatidos, y despreciados. Pues concluyendo esta parte digo, que entre los otros testimonios de nuestra fe, se puede juntar este, que son las calamidades y desastres de los que la persiguieron; y las prosperidades y favores celestiales de los que la reverenciaron. Porque suele dar Dios muchas veces testimonio de la verdad, con las penas y castigo de los malos, y con las prosperidades y favores de los buenos.

CAPITULO XXIX.

De la décimaquinta excelencia de la religion cristiana, que es ser confirmada con muchos y muy grandes milagros.

Despues del testimonio de los sanctos doctores, y de los mártires, síguese otro mayor, que es el de los milagros. Para lo cual es de saber que la divina Providencia (a), que dispone todas las cosas suavemente, y las ordena en número, peso y medida (que es, con summa igualdad y sabiduría), no había de obligar al hombre á creer cosas que están sobre toda razon y sobre todas las leyes de naturaleza, sin medios eficaces y proporcionados para crearlas; ca por medios sobrenaturales se han de probar las cosas que sobrepujan toda la facultad de naturaleza. Estos medios son milagros y profecias, de que aquí habemos agora de tratar. Porque milagros son obras de solo Dios, que puso leyes á las criaturas que él crió;

(f) 1. Reg. 2. (a) Sapient. 11.

las cuales nadie puede dispensar, sino solo el que las dió. Y esto es hacer milagros, como es mandar al fuego que no queme, como lo hizo con aquellos tres sanctos mozos, echados en el horno de Babilonia (b), y mandar al agua que no corra al lugar bajo, como lo hizo deteniendo las aguas del rio Jordan, para que pasase su pueblo á pié enjuto por él.

Pues estos milagros son prueba tan suficiente de la fe, que ninguna demonstracion matemática iguala con ellos. Porque haciéndose un milagro en confirmacion de la doctrina que se predica, es visto ser Dios el testigo de ella; pues nadie puede hacer milagros sino solo él. Y el testimonio de Dios excede todos los otros testimonios y argumentos de verdad que puede haber. De aquí procedió la fe de muchos, y el conocimiento del verdadero Dios, como parece por muchos ejemplos así del viejo como del nuevo Testamento. De Naaman, príncipe de la milicia del rey de Siria, leproso, leemos que sanándose súbitamente Heliseo de su lepra, tambien lo sanó de otro mayor mal, que era la lepra de la infidelidad. Porque convencido con este tan evidente milagro, confesó que solo el Dios de Israel era verdadero Dios, y que á él solo adoraria de ahí adelante. Nabucodonosor, rey de Babilonia, despues que mandó echar los tres mozos en el horno, y vió que ningun daño recibieron dél, ni en sus cuerpos, ni en sus ropas, visto este tan gran milagro, no solo creyó que el Dios de Israel era el verdadero Dios, mas envió un edicto general por todo su imperio, mandando que quien quiera que dijese alguna blasfemia contra él, fuese por ello muerto y su casa destruida. Y él mismo cuando vió que Daniel le había revelado el sueño de que él estaba olvidado, junto con la declaracion dél, reconoció la misma verdad, diciendo (c): Verdaderamente vuestro Dios es Dios de los dioses, y Señor de los reyes. Lo mismo acaesció á Darío, el cual sucedió en esta monarquía á Nabucodonosor. Porque siendo compelido por hombres perversos y envidiosos á que echase á Daniel en el lago de los Leones, y visto que pasado parte del dia y de una noche, ninguna lesion había recibido dellos, de tal manera reconoció la omnipotencia del verdadero Dios, que envió una provision real por todo su imperio que contenia estas palabras: Paz sea con vosotros, etc. Por mí está hecho un decreto que todos en mi reino tiemblen y teman al Dios de Daniel. Porque él es Dios vivo y eterno en todos los siglos; cuyo reino nunca será menoscabado, y cuyo poder es eterno. Y él es salvador y librador de los suyos, y el que hace maravillas en el cielo y en la tierra.

Estos ejemplos son del viejo Testamento; mas en el nuevo entre otros muchos tenemos aquellos que creyeron en el Salvador cuando le vieron resucitar á Lázaro (d) de cuatro dias muerto. Así tambien creyó Nicodemus cuando confesó que Cristo era maestro venido del cielo, vistos los milagros que hacia (e). Así tambien creyó el Régulo cuando vió que á la misma hora que el Salvador dijo: Vete, que tu hijo vive, luego el hijo fué sano (f). Todo esto sirve para que veamos cómo los milagros son suficientes medios para probar la verdad de la fe y provocar los hombres á creerla, ó, si ya la creen, para confirmarse mas en ella: que es un grande bien, como adelante veremos. Por lo cual los sabios hacen gran caso de un verdadero milagro. Y así á uno dellos oí una vez

(b) Daniel. 3. (c) Daniel. 2. (d) Joan. 11. (e) Joan. 3. (f) Joan. 4.

decir, que por ver un milagro cierto iria de buena gana hasta Hierusalem. Pues espero en Dios que sin tanto trabajo le propondrémos aquí no uno, sino muchos, no ménos ciertos que los que se ven con los ojos.

Y dado caso que la verdad que se confirma con este testimonio sea sobre toda razon y entendimiento humano, no por eso ha de dejar de ser creída, por razon de la autoridad infalible del testigo que la afirma, que es Dios, obrador de aquel milagro. Lo cual vemos así cumplido en la adoracion de aquellos sanctos magos. Porque viniendo dende Oriente á adorar aquel nuevo Rey de los judíos (g), y no viendo en el aposento donde estaba aparato, ni compañía, ni servicio, ni cosa que tuviese muestra de rey, ántes hallando una tan extremada pobreza y bajeza como allí vieron, con todo eso prostrados por tierra adoraron con summa reverencia al Niño envuelto en pobres pañales, y le ofrescieron los presentes que traían. Pues ¿cómo unos hombres tan sabios vinieron á creer una cosa tan contraria á toda razon y prudencia humana? Claro está que porque tenían otro testimonio mayor, que era el de la estrella que los guiaba. Por lo cual entendieron que era Señor de las estrellas el que era servido y testificado por ellas.

Mas ántes que entre en la relacion de los milagros, advertiré al cristiano lector, que dado caso que los milagros, cuanto es de su parte, sean, como decimos, suficiente argumento para vencer nuestros entendimientos y obligarnos á creer, mas con todo esto es necesario especial concurso y favor de Dios para abrazar esa fe. Porque como ella sea don de Dios, segun dice el Apóstol (h), es menester que le toque nuestro entendimiento y lo captive y subjecte á que humildemente abrace las cosas de la fe. Y de aquí es que muchos, viendo los milagros del Salvador y de sus apóstoles, no por eso creyeron; porque cegados con su malicia no se dispusieron de tal manera que rescibiesen este particular tocamiento de Dios. Por tanto, quien leyere los milagros que aquí contarémos, léalos, no con curiosidad, sino con humildad y devoción, para que así merezca que nuestro Señor por este medio acreciente y perfeccione la fe que él ya tiene recibida, que es un inestimable tesoro.

Tambien conviene aquí advertir que hay dos maneras de fe: una infusa (de que ya tratamos), que es la que el Espíritu Sancto infunde en las ánimas, y otra humana, que es el crédito que damos á las personas ó razones humanas. Pues es de saber que en la fe infusa no hay el medio que se halla en las virtudes morales, como tampoco lo hay en la caridad. Porque, como en amar á Dios no hay modo ni medio, tampoco lo hay en creerlo; porque cuanto mas le amáremos y mas le creyéremos, tanto mas perfecta será nuestra caridad y nuestra fe. Mas en la fe humana hay medio, así como en todas las otras virtudes morales que están entre dos extremos: como se ve en la virtud de la liberalidad, que está en medio de la escaseza y prodigalidad. Pues así esta fe humana de que tratamos está en medio de otros dos extremos, que son credulidad y incredulidad, en medio de los cuales está la fe humana; el cual medio así en esta virtud como en las otras pone la prudencia, que es, como Sant Bernardo la llama (i), abadesa de las virtudes; porque ella las rige y les señala el medio en el cual consiste la virtud. Pues estos dos extremos, que son credulidad y incredulidad, am-

(g) Math. 2. (h) Philip. 1. (i) Bern. ser. de Villico iniquit. et in parab. de Fide, Spe, et Charit.

bos son viciosos. Porque vicio es y liviandad de corazon creer de lijero; y tambien es vicio no creer cuando la cosa, segun reglas de prudencia, es digna de ser creída. Entre los cuales vicios veo en la sancta Escritura muy reprehendido el extremo de la incredulidad: tanto, que el Salvador (siendo un perfectísimo dechado de mansedumbre) se indignó tan agramente contra este vicio, que dijo (k): ¡Oh generacion mala y incrédula! ¿Hasta cuándo tengo de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Y por Sant Márcos (l) reprehende la incredulidad de aquellos que no dieron crédito á los testigos de su resurreccion. Y el Apóstol en la epístola á los hebreos (m) los avisa que miren mucho no haya en ellos alguna raiz de incredulidad, diciendo que por este pecado juró Dios que los que le fuéron incrédulos no entrarían en la tierra que les tenia prometida; y así todos ellos murieron en el desierto (n). En este extremo permitió nuestro Señor que cayese Santo Tomé, apóstol, para confirmacion de nuestra fe (o). Porque habiéndole dicho todos sus compañeros, como testigos de vista, que habían visto al Señor resuscitado, era muy conforme á toda razon que los creyera, mayormente habiendo él visto pocos dias ántes á Lázaro por el Señor resuscitado. La razon por que este vicio es tan reprehendido, me parece ser porque procede de mucha malicia y poca fe. Porque, parte de malicia es creer que todos los hombres mienten y fingen milagros; y de poca fe nasce no creer cosas que confirman nuestra fe. Porque así como de un hombre que tenemos por muy virtuoso creemos cualquiera cosa de virtud que dél se diga, así el cristiano que está muy certificado y fundado en la fe de nuestros misterios y de los milagros con que ella fué fundada, no extraña creer otros milagros semejantes á los que él tiene ya creídos. Pues por esta causa el que desea acertar debe en esto seguir el juicio de la prudencia, y ni creer de lijero y sin fundamento (que es un extremo vicioso), ni por huir deste extremo, caer en el otro de la incredulidad (que es mas peligroso), porque (como suelen decir) no caiga en Scila por huir de Caribdis, y huyendo destes crea lo que tiene claros y ciertos fundamentos y razones para ser creído. Porque aunque en esto hubiese yerro, él no yerra en creer lo que con bastantes argumentos le fué propuesto. Lo dicho sirve para entender el crédito que habemos de dar á lo que aquí se dijere.

§. I.

Trátase en particular de algunos muy señalados milagros.

Agora vengamos al testimonio de los milagros con que está fundada nuestra fe: los cuales como sean mas que las estrellas del cielo (si miráremos los que están escritos en las vidas de los sanctos), yo aquí no entiendo referir sino pocos; mas estos tan ciertos y averiguados, que ningun hombre, si fuere cuerdo y avisado, aunque sea infiel, pueda poner sospecha en ellos.

Y entre ellos pongo por el primero y mas notorio el eclipsi que acaesció cuando el Señor padesció en la Cruz, que duró por espacio de tres horas: como dan testimonio los sanctos evangelistas, y particularmente Sant Mateo (p); porque escribió su Evangelio en lengua hebrea pocos años despues de la pasion del Salvador, y él dice que este eclipsi fué universal en toda la tierra. Pues digo agora así: Este evangelista (q), y los demás

(k) Matt. 17. (l) Marc. ult. (m) Hebr. 3. (n) Josué 5. (o) Joan. 20. (p) Matth. 27. (q) Marc. 15. Luc. 23.